



Domíngo I de Cuaresma - 2008

El relato de las tentaciones de Jesús se inicia en el Evangelio de hoy diciendo: *“Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo”*.

El Espíritu se manifestó sobre Jesús en su bautismo en el Jordán, invistiéndole para su misión, como confirmará después Jesús mismo, *“lleno de la fuerza del Espíritu Santo”* (Lc 4, 14) en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4, 16-21).

El Evangelio de Lucas dice que *“Jesús regresó del Jordán lleno del Espíritu Santo”* y que *“El Espíritu Santo lo condujo al desierto, donde el diablo lo puso a prueba durante cuarenta días”* (Lc 4, 1-2).

Puede considerarse significativo que la primera moción del Espíritu sobre Jesús fue llevarlo al desierto. En el Evangelio de Mateo, la tentación de Jesús está precedida de su recogimiento en oración y ayuno durante cuarenta días, al final de los cuales sintió hambre. Ésta fue la circunstancia considerada propicia por el tentador.

El tiempo de oración y ayuno en el desierto pudo representar una lucha interior en relación con la forma de comprender y llevar a cabo su misión. Forma parte de la misión de Jesús entrar en el drama de la historia humana y asumirla hasta el fondo, para poner de relieve qué es lo que verdaderamente cuenta en la vida de los hombres y para encontrar así a la oveja descarriada, cargarla sobre sus hombros y llevarla al redil. Dicho con la Carta a los Hebreos: *“Tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito, capaz de obtener el perdón de los pecados del pueblo. Precisamente porque él mismo fue sometido al sufrimiento y a la prueba, puede socorrer ahora a los que están bajo la prueba (2,17)*.

Así entendida la misión de Jesús, se ve cómo las tentaciones son un despliegue de su bautismo, en el que se hace solidario de los pecadores para poner orden en nuestro mundo en la unión con Dios. Del bautismo surge el Hijo del hombre enviado a superar la permanente y profunda tentación humana de poner orden en nuestro mundo nosotros solos sin necesidad de Dios, es decir, contando únicamente con nuestras fuerzas, reconociendo como verdaderas solo las realidades materiales y políticas y dejando a Dios de lado como algo ilusorio.

Es propio de la tentación mostrar una apariencia de bondad moral; no nos invita a hacer directamente el mal, sino que finge mostrarnos lo mejor, lo realmente verdadero y no ilusorio. De esta manera, buscando la inmortalidad y el ser como Dios en el conocimiento del bien y del mal, sucumbieron Eva y Adán ante la tentación de la serpiente. Frente a las cosas de Dios, que parecen irreales, la tentación nos muestra como real lo que se comprueba: el fruto del árbol, el pan y el poder. La relación con



Dios es el aspecto fundamental de la existencia humana, que está siempre sometido a prueba, desde el tiempo primero de la historia de Adán.

En la carta a los Romanos, Pablo ha establecido un paralelismo entre Adán y Cristo. El pecado, la muerte y la condena tienen su origen en la desobediencia de Adán. El perdón, la gracia, la justificación y la vida son frutos de la obediencia de Cristo a Dios por amor hasta la muerte.

En los relatos de las tentaciones, el desierto, imagen opuesta al paraíso, se convierte en lugar de la reconciliación y la salvación; allí se restablece la paz que Isaías había anunciado para los tiempos del Mesías: *“Habitará el lobo con el cordero (11, 6)*. Donde el pecado y la tentación son vencidos, se restablece la armonía el hombre con Dios y se produce la reconciliación de la creación.

“Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes” (Mt 4,3). Así se expresa la primera tentación.

A Jesús se le exige permanentemente que dé pruebas de su condición de Hijo de Dios. Unas veces se le pedirá que haga milagros de diverso género; otras veces que afirme su condición de Hijo con más claridad; e incluso se le pedirá: *“Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”* (Mt 27,40). Y una exigencia semejante presentamos los hombres a Dios a lo largo de la historia. Reclamamos a Dios que nos muestre con toda claridad su existencia; exigimos a Cristo que muestre con mayor claridad a su Iglesia que él no es uno de los muchos iluminados que han aparecido en la historia, sino que es realmente el Hijo de Dios.

Y lo más penoso es que le fijamos también la forma como debe mostrarlo. En la tentación primera, se le exige a Jesús que pruebe su condición de Hijo de Dios convirtiendo las piedras en pan. Nosotros exigimos a Dios que pruebe su existencia poniendo fin al hambre en el mundo. Y a veces exigimos lo mismo a la Iglesia: Si quieres ser Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo; lo demás viene después.

La respuesta de Jesús establece la primacía de Dios y la verdadera jerarquía de los bienes: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*. El primer lugar le corresponde a Dios y el principal alimento del hombre es la palabra que sale de la boca de Dios. Cuando no se respeta esta jerarquía de los bienes, se pierde fácilmente la preocupación por el hombre que sufre y se diluye el sentido de la justicia en relación con el uso de los bienes materiales. Si el corazón del hombre no es bueno, por la comunión con Dios, ninguna otra cosa puede llegar a ser buena. No es la ciencia y la técnica lo que redime al hombre, sino el amor; y o un humano cualquiera, sino el amor incondicionado de Dios. No se puede gobernar la historia con meras estructuras materiales, prescindiendo de Dios, porque el hombre no vive sólo de pan, sino ante todo de la obediencia a Dios y a su Palabra por amor. Sólo donde se vive en



esta obediencia, nacen y maduran sentimientos que permiten proporcionar también pan a todos.

Así lo mostró Jesús mismo al multiplicar los panes para dar de comer a aquellas personas que lo habían dejado todo para ir a escuchar de su boca la palabra de Dios. Este milagro de la multiplicación de los panes presupone la búsqueda de Dios y de una recta ordenación de la propia vida a la luz de su palabra, así como una predisposición a compartir. En estas circunstancias, en las que no hay peligro de buscar sólo el pan o de buscarlo como bien primero, es posible el milagro y Jesús los hace. Además, Jesús nos hace posible vivir de su palabra haciéndose él mismo pan eucarístico para la vida del mundo.

La segunda tentación de Jesús está en relación con la recta interpretación de la Sagrada Escritura, que el diablo cita para hacer caer a Jesús en la trampa: *“Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: Encargará a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”* (Salmo 91, 11).

La clave principal para comprender el sentido de la tentación la encontramos en la respuesta de Jesús, tomada del libro del Deuteronomio: *“También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios”* (Dt 6, 16). El contexto original de estas palabras es la situación de Israel en el desierto, amenazado de morir de sed, y su sublevación contra Moisés, que se convierte en una rebelión contra Dios, descrita de esta manera: *“Tentaron al Señor diciendo: ¿está o no está el Señor en medio de nosotros?”* (Ex 17, 7).

Parece, pues, que se trata de someter a Dios a una prueba, como se prueba una mercancía, según las condiciones por nosotros fijadas para llegar a una certeza. Si Dios no nos proporciona la protección prometida en el salmo citado por el tentador, entonces no es Dios. Habría desmentido su palabra y se habría desmentido a sí mismo.

Nos encontramos ante la pregunta por la forma como se puede conocer a Dios o desconocerlo, y de cómo el hombre se debe relacionar con Dios y cómo no debe hacerlo. La arrogancia de imponer a Dios nuestras condiciones previas para su actuación presupone la negativa a aceptar a Dios en cuanto Dios, pues nos ponemos por encima de Él. Cuando prescindimos del amor y de la escucha interior y sólo reconocemos como real, lo que podemos experimentar, nos ponemos nosotros mismos en el lugar de Dios y desfiguramos no sólo a Dios, sino también al mundo y a nosotros mismos.

Desde otro punto de vista, la tentación de Jesús sobre el pináculo del templo, invitándolo a tirarse abajo, puede ponerse en referencia con Jesús en la cruz, a quien se le decía: *Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz*”. Cristo no se tira desde el pináculo del templo ni se baja de la cruz; descendió al abismo de la muerte como un salto del amor de Dios a los hombres, en el cual sí que sabía que sólo podía caer en las manos



Carlos López Hernández

acogedoras de Dios Padre. Así se revela el verdadero sentido de la confianza a la que invita el salmo 91: quien sigue la voluntad de Dios sabe que en todos los horrores que le puedan ocurrir nunca le faltará la protección de Dios. Esta confianza es totalmente distinta del intento de convertir a Dios nuestro servidor.

En la tercera tentación, el diablo ofrece a Jesús el dominio sobre todos los reinos de la tierra a cambio de que le adore: *“Todo esto te daré, si te postras y me adoras”*. La tentación tiene relación con la misión de Jesús como Mesías rey; y el tentador quiere desvincular de Dios el reinado del Mesías y ponerlo bajo su dominio.

Esta tercera es la tentación fundamental e incluye las dos precedentes: se refiere a lo que debe hacer Jesús para ser salvador del mundo, a la opción entre el mesianismo del poder real de este mundo y el reino del mesías que no es de este mundo y salva al mundo por la muerte en cruz y la resurrección, según la profecía del Siervo de Dios sufriente.

Ante la permanente dificultad para comprender el misterio de la cruz, escándalo y necesidad para griegos y judíos, Jesús nos sigue diciendo como a los discípulos de Emaús: *“Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas”* (Lc 24,25). Siempre tendemos a querer que el Mesías hubiera realizado la esperanza de la convivencia entre el lobo y el cordero, o el hacer de las lanzas podaderas (cf Is 11, 6; Mi 4,3) sin el sacrificio de la propia vida.

El sentido de esta tentación nos queda también aclarado por la respuesta de Jesús: *“Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto”*. Jesús nos dice: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano; y quien afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, pone el mundo bajo el dominio de su dominio.

¿Qué ha traído a los hombres el Reino de Dios predicado por Jesús como reino que no es de este mundo? “Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón hace pensar que esto es poco. Sí, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, se demuestra siempre como lo que verdaderamente permanece y salva. Los reinos de la tierra, que Satanás puso en su momento ante el Señor, se han ido derrumbando todos. Su gloria ha resultado ser apariencia. Pero la gloria de Cristo, la gloria humilde y dispuesta a sufrir, la gloria de su amor, no ha desaparecido ni desaparecerá.” (Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, 70).

Frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar; frente a la promesa falsa de un futuro garantizado a todos través del poder y la economía, Jesús nos ofrece a Dios como auténtico bien del hombre. Frente a la invitación a adorar el poder, el Señor nos recuerda: *Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto* (Mt 4,10; cf Dt 6,13).